

Puntuando el amor

CRISTINA
PRIETO
SOLANO

Puntuando
el amor

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

© Cristina Prieto Solano, 2023
AUTORA representada por IMC, Agencia Literaria S.L.
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)
Madrid, 2021
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

D.R. y © MMXXIV G.E.P., S.A. de C.V.
Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,
Alcaldía Azcapotzalco,
02400, Ciudad de México
Miembro de la Cámara Nacional
de la Industria Editorial Mexicana
Registro núm. 43

ISBN: 978-607-574-478-0 (México)
ISBN: 978-84-18945-48-9 (España)

Primera edición, mayo de 2024

Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente,
sin la autorización escrita del editor.

Impreso en México — *Printed in Mexico*



En Hachette Livre México usamos
materias primas de procedencia
100% sustentable.

*Este quiero dedicárselo a todas las citas Tinder
que he tenido y que, aunque no llegaran a nada
más que un café o una cerveza, me han dado
algunas de las anécdotas más divertidas y
surrealistas de mi vida.*

1

No puedo dejar de mirarlo.

Llegados a este punto, estoy convencido de que la sorpresa se ha unido con la indignación en una masa pegajosa que mantiene mis ojos adheridos a este trozo de papel absurdo.

Absurdo, joder. Es que no tiene ningún sentido.

Lucas Pérez

Edad: 25.

Aplicación: Tinder.

Duración: 12 minutos. 3★

Preliminares: Inexistentes. 0★

Aguante: 3★

Comunicación: 2★

Dotación: 4★

¿Orgasmo?: Él, sí. Yo, no. 0★

Conclusión final: Más o menos satisfactorio para un polvo de una noche, pero necesita mejorar en tratar de complacer a su pareja. Tiene el foco centrado en su polla. No repetiría. No se lo recomendaría a mis amigas.

Cuando te decían en el cole que no te llevaras desconocidas a casa, creo que se referían a esto. No sé qué me alucina más: todo el concepto de que Nuria se haya tomado la molestia (o más bien, el puto esfuerzo) de haber vuelto a mi piso tras nuestro encuentro, o que haya sido para introducir esta nota escrita a ordenador en mi buzón.

Es que me la imagino saludando a Pepe, el portero, y casi me da la risa histérica.

¿Quién cojones se cree que es?

Para empezar, no estoy nada de acuerdo con esas valoraciones. Claro que hubo preliminares. Por supuesto que hubo comunicación. Y estoy convencido de que se corrió o, al menos, eso me dijo. Sería el colmo que se quejara de sus propias mentiras.

¿No me recomendaría a sus amigas? Como si me importara algo. Como si la necesitara para ligar, joder. Nunca me ha hecho falta nadie para eso.

«Lucas, tranquilízate. Respira», me ordeno mentalmente.

Tengo una cierta tendencia a hablar conmigo mismo, lo reconozco.

«Esto tiene que ser una cámara oculta», deduzco, y alzo la vista en medio del portal, donde sigo clavado, esperando encontrarme a Toni y Álvaro partidos de risa y con los móviles en alto.

Pero no. Sigo solo y ni siquiera Pepe me está prestando atención.

«Desde luego, quien advierte sobre las aplicaciones de ligar lo hace por algo. La gente está fatal de la cabeza», resoplo dramáticamente y arrugo la nota en mi mano antes de continuar mi camino hasta el bajo izquierda, donde vivo.

Casi se me había olvidado la bolsa del Mercadona que llevo en la otra mano, así que me desequilibro un poco al retomar la marcha. Después de esa «pausa dramática», siento hasta como si el corazón me volviera a latir.

«Tiene el foco centrado en su polla», no puedo parar de repetirme, como si se me hubiera estropeado un tocadiscos de estos antiguos. Sigo sin creérmelo del todo.

—Hola —anuncio cuando consigo hacer malabares con las llaves, la bolsa y la nota que sigue arrugada en mi mano izquierda para entrar en la casa.

—Hola, caraculo —me saluda Lorena desde el salón, al otro lado de la casa.

El pequeño piso en el que llevo viviendo tres años tiene una distribución rara de cojones. Se nota que era una casa enorme pero que la dividieron en dos (o tres, tenemos dudas con la del otro lado) para sacar más pasta con los alquileres. Al entrar te das de bruces con un pasillo largo hacia la derecha que corona en el pequeño salón, en el que solo cabe un sofá y, si me apuras, ni siquiera cabría la tele si no nos hubiera dado igual la lesión visual que genera verla a apenas medio metro de distancia.

Por el camino te encuentras mi cuarto, el baño, la pequeña cocina (sin extractor, lo que es importante para deducir que no era una cocina) y luego el cuarto de Lorena. El espacio mínimo indispensable para sobrevivir y tener la cara dura de cobrar un alquiler de ochocientos euros.

¿Y por qué sigo viviendo aquí? Bueno, primero estaba cerca de la universidad y de las zonas de fiesta y ahora... ahora me he encariñado.

Supongo que soy así de estúpido.

Y tengo que reconocer que cuando el año pasado se piró Juan y se mudó Lorena, mi mejor amiga desde el instituto, el piso ganó bastante aunque sea en compañía. Y eso que la chavala no me deja ni un instante de paz.

—No te vas a creer lo que me ha pasado. ¿Recuerdas Tinder?

Dejo la bolsa en la cocina mientras alzo la voz para que no tenga problema en escucharme.

—¿Tu tío el del pueblo? —bromea, también vociferando.

Los vecinos tienen que estar hartos de nosotros y nuestros gritos.

—La aplicación esta...

—Ah, claro. Alguien me ha hablado de ella, alguna vez —sigue la broma—. Es famosilla.

—Pues es una mierda.

—Suena a anécdota interesante.

Después de guardar los yogures y las hamburguesas en mi balda de la pequeña nevera, cierro la puerta con fuerza (porque si no, se vuelve a abrir al cabo de un rato) y avanzo con zancadas decididas hasta el salón.

Me la encuentro tirada, ocupando la totalidad del sofá, con una sudadera de estas de capucha gris que creo que usa tanto que se le ha fundido con la piel y el pelo oscuro en un moño alto destrozado. Esto del paro le sienta tirando a regulín.

—Te vas a descojonar —le advierto antes de acomodarme en el brazo del sofá, a sus pies.

Ella baja los brazos y entrelaza los dedos a la altura del estómago, envuelta en calma.

—Seguro. Y de ti, siempre. Adelante.

Siempre he considerado que una imagen vale más que mil palabras (y contar historias me da muchísima pereza) así que estiro el puño para tenderle la nota arrugada, que ya debe estar bien calentita de tanto que la he apretado en la palma.

—¿Qué es esto?...

A la vez que farfulla, mueve el trasero hacia atrás para tratar de incorporarse en el sofá. La observo desplegarla, casi con curiosidad, y trato de no pensar mucho en lo que dice de mí. Estoy convencido de que le va a hacer gracia, pero aun así no me esperaba la carcajada que suelta en ese momento. El ruido histérico a la vez que señala el papel me deja aún más en la inmundicia que esa especie de «reseña» que ha caído en mis manos.

—¿Qué es esto? ¿Es una coña?

—Pues no tengo ni puta idea. Ha aparecido en el buzón. Y está firmado por la pava del sábado.

—¿La tía esa artística?

—La ilustradora o dibujante o no sé qué... Nuria.

—Pero ¿qué le has hecho a la pobre chavala?

—¿Yo? —me indigno y me pongo la mano sobre el pecho—. ¿Por qué asumes que le he hecho algo yo?

—Tronco, para que te venga con esto... No sé, hubiera esperado un atropello de mascota o algo por lo menos equivalente.

Ladea la cabeza, aún agarrando la nota con ambas manos y sin despegar los ojos de ella.

—Pues no. Cenamos, nos enrollamos, follamos y se fue de casa. Punto. Es que joder, estamos a lunes. Ni si-

quiera me ha dado tiempo a que se me considere un capullo por no escribirle.

—¿Ibas a hacerlo?

—No —reconozco—. Pero eso ella aún no lo sabía y la puta nota parece que está en el buzón desde ayer.

—Qué fuerte —susurra—. ¿Hará esto con todos los tíos?

—Es probable. O sea, no creo que le haya dado la locura instantánea solo conmigo.

Lorena carraspea y dobla con cuidado el papel, como si fuera un tesoro que no quisiera estropear por nada del mundo. Una de las dos bombillas del techo del salón parpadea, esa señal que lleva haciéndonos semanas de que va siendo hora de cambiarla. Pero nosotros hacemos como si no nos diéramos cuenta, claro.

—Pero a ver. Lucas, Lucas... Lucastito —me toma el pelo, con una sonrisa y clavándome la mirada. Una de esas que solo te puede dirigir alguien que te conoce como la palma de su mano—. Rememora la cita, anda. Algo has tenido que hacer para desatar esto.

—¡Que nada! —me exaspero, y me levanto—. Lo mismo de siempre. Joder, te voy a reconocer que igual no fue la cita de mi puta vida, ni el polvo más memorable del universo, pero he tenido citas de mierda y te puedo asegurar que esta no entra ni en el top diez.

—Joder, ahora querría haber estado en las otras.

—Lore... —gruño, algo enfadado.

—Vale, vale, *champion*. —Alza las manos en señal de rendición—. Mira, tú pasa. Es una loca, pues no vuelves a quedar con ella y listo. Eso que te llevas.

—No se te ocurra contarle esto a nadie.

—¿Me puedo quedar la nota de recuerdo?

—Haz lo que quieras, yo pensaba tirarla y que le jodan. —Me encojo de hombros—. Ahora, si no te importa, tengo otra cita con una que te puedo asegurar que ya me ha puesto una muy buena puntuación...

Le guiño un ojo y ella se ríe.

—Lucas, ese amigo machirulo que toda chica desea tener, de cita en cita intentando cabrear a más mujeres.

Le enseño el dedo corazón como toda respuesta y desaparezco, dispuesto a darme una ducha tan intensa que se me quite de la piel toda la mierda que me ha generado la puta nota.

¿Quién se cree esa tía que es para calificarme?

Lo mejor que puedo hacer es olvidarme de ella y punto. Total, es lo bueno de Tinder: no tienes por qué volver a ver a nadie nunca más.

2

Si es que me pasa por bocazas.

«¿Se puede considerar bocazas si no lo has dicho en voz alta, pero lo has pensado mucho y muy fuerte?».

Sacudo la cabeza y trato de que la incredulidad no se refleje (demasiado) en mi expresión al darme cuenta de que es mi turno de pedir algo.

La chica me sonrío con tanta fuerza que parece que se le va a caer la mandíbula, así que no sé si está conteniendo una risa o se está muriendo de vergüenza igual que yo.

—Yo, eh..., un café con leche, sí.

Apenas llevo una semana en este nuevo trabajo. Un trabajo administrativo como otro cualquiera, pero que me permitió salir del otro curro de mierda del que vengo y en el que no estaba nada contento. Lo que hago no me apasiona, pero tampoco lo odio. Mis compañeros actuales no creo que lleguen a ser mis amigos, pero son agradables como para ir a desayunar juntos varios días a la semana. Joder, estaba superfeliz con la mediocridad de todo... hasta ahora.

Hasta que nos hemos sentado y, en mi falta de café de las diez de la mañana, me he encontrado cara a cara con

Nuria. La chica de la... reseña esa que me dejó en el buzón. La del sábado que opina que no soy «satisfactorio» y que «no me recomendaría a sus amigas». Me juré a mí mismo que me iba a olvidar de esa puñetera nota, pero parece haberse grabado a fuego en mi mente hasta el punto de que podría recitarla sin temor a equivocarme.

Ya se estaba partiendo de risa con los ojos antes de que los levantara yo. Mis compañeros, dos señores y un chaval más o menos de mi edad, no dejan de repasarla con la mirada de una manera que hasta yo considero asquerosa. El uniforme que lleva es sencillo: camiseta negra y un medio delantal blanco con las siglas bordadas de la cafetería. Acaba el conjunto reglamentario con un pequeño cuaderno y un bolígrafo Bic, que rasga contra el papel después de escuchar mi pedido.

—¿De comer? —pregunta distraídamente, sin levantar la vista.

—Yo, eh... —tartamudeo, y me odio a mí mismo por ello—. Nada, gracias.

—Vale. Pues ahora mismo vuelvo, chicos.

Se da la vuelta con decisión y se aleja hacia la barra, y yo quiero que se me trague la tierra.

«¿Qué demonios...? ¿Cuáles eran las probabilidades?», me lamento, venciendo la tentación de alzar las manos para cubrirme la cara con ellas.

Si ya es complicado y nada placentero encontrarte con una chica con la que te has acostado y a la que no has tenido la menor intención de llamar, mucho más si es una pirada que se dedica a ir dejando reseñas de sus polvos. Joder, es que normal que no parezca estar ni nerviosa.

Alguien lo suficientemente loco como para hacer eso dudo mucho que sienta remordimientos después.

«Para ella será un juego», y la incomodidad va mutando poco a poco hacia un sentimiento más parecido al cabreo.

«Vamos a ver, Lucas, ordena tus putas ideas», me digo, intentando prestar atención a la vez a lo que dice Mauro, uno de mis acompañantes que resulta que es, también, mi jefe. «Ella no va a decir nada, tú tampoco y listo. Lo importante es no ser la comidilla de la oficina la segunda semana de trabajo».

Porque estoy convencido de que si llegan a enterarse, da igual cómo sean (que no los conozco demasiado aún, no he tenido tiempo para ello), van a reírse y desde luego, lo van a comentar. No hay nada más aburrido en la faz de la tierra que una oficina, y cualquier brizna de información picante se analiza durante semanas, o incluso meses dependiendo de si no encuentran otra liana de la que colgarse. Un escalofrío me recorre la espina dorsal. No, no. No puedo dejar que se sepa. Tengo que disimular lo mejor posible.

Además, ahora he conseguido que me inviten a desayunar con ellos. Mi jefe, nada más y nada menos. Vale que es una oficina pequeña (no llegamos a las treinta personas), pero estoy convencido de que es Mauro quien toma las grandes decisiones. Me conviene caerle bien, causarle buena impresión.

—¿Chico?

Tardo dos segundos más de los que me gustaría en darme cuenta de que la pregunta iba dirigida a mí. No

puedo disimular que no estaba atento, así que esbozo una sonrisa de disculpa y abro la boca:

—Ostras, perdón. Es que he dormido poco y no me vendría mal ese café... ¿Qué me habías preguntado?

—Nada, estábamos comentando que la camarera tiene un buen meneo... y faltabas tú por opinar.

«Ah, genial, un tema estrictamente profesional», pienso con sarcasmo.

No es que nunca haya sido demasiado fan de esos grupos de tíos en los que solo hablan de mujeres y de lo mucho o poco que se las follarían. Quiero decir, yo lo hago con algunos amigos cercanos cuando estamos aburridos o especialmente salidos, pero ¿en un ambiente profesional, en el que apenas llevo seis días enteros? Me da una pereza abismal.

No obstante, es demasiado pronto como para escaquearse de algo así, por lo que opto por una respuesta estándar que, espero, los deje contentos:

—No está mal. —Y me encojo de hombros, para restarle importancia al asunto.

—¿No está mal? Chico, tienes que bajar un poco el listón, ¿o es que tienes novia?

—No tengo novia, no —replico, con tono neutro y reprimiendo mis ganas de alzar una ceja.

«¿Qué importará si tengo novia o no?», bufó mentalmente.

—Pues eso, chico, no nos mientas: le harías muchas cosas si estuviera a tu alcance...

«Si tú supieras, Mauro, las cosas que ya le he hecho», pienso. «Y si con esas, he recibido una mala reseña, no

me puedo imaginar lo que pensaría de tus tres empujones sudorosos».

—El nuevo parece un guaperas, Mauro —interviene el otro señor, que es el jefe de la sección financiera de la oficina y que parece llevar allí más años que la tos—. Seguro que tiene a chicas como esas en la cama todos los días. Lo que te pasa es que eres un viejo y tienes envidia de lo que ya no puedes hacer.

Los tres estallan en carcajadas e intento que de mí salga al menos una risita. Yo qué sé, para aparentar.

En ese momento, la camarera (Nuria, vaya) vuelve con una bandeja con cuatro cafés humeantes que va dejando con cuidado enfrente de cada uno de nosotros.

—¿Azúcar blanco, azúcar moreno? —me pregunta cuando me pone el mío.

Me obligo a alzar la vista para encontrarme con esos ojos marrones a los que parezco divertir tanto. Carraspeo, tratando de no parecer molesto aunque en el fondo lo estoy, y mucho.

—Nada, gracias.

—¿Ni sacarina, como un buen chico fitness?

La pregunta y el vacile me toman por sorpresa, y las carcajadas de mis compañeros, también, así que tardo un segundo en responder:

—Qué va, endulzar cualquier cosa me parece un error. Hay que disfrutar de su verdadero sabor.

No sé por qué me sale algo tan enrevesado cuando simplemente podría haber dicho «no, no es por eso» y luego haberme callado la boca para siempre, pero una parte de mí se siente obligada a defenderse de

cualquier acusación (extra) que pueda hacerme esta chica.

La trenza castaña se le escurre por el hombro izquierdo cuando sacude la cabeza y se vuelve a erguir, una vez finalizada su tarea.

—Qué pena, parece que esta mañana te vendría bien un poco de azúcar. Se te ve preocupado.

Y dejándome con la palabra en la boca y con las burlas de mis recién estrenados compañeros, se va.

Cuando llega el momento de pagar, nos cobra en la barra la otra camarera y ella está lejos, atendiendo a una mesa del fondo con una gran sonrisa.

«Cómo te odio», pienso, girando la cabeza en su dirección. «Ojalá pudieras escucharme ahora mismo y te pudiera decir que eres una loca y que te odio con todas mis putas fuerzas, joder».

Entonces, ella se inclina hacia delante, de espaldas a mí, para recoger los platos de la mesa en la que está, y sucede algo que solo podría categorizar como magia: se le marca un maravilloso trasero que había olvidado hasta ese momento.

Los pantalones vaqueros que lleva bajo el medio delantal, que solo cae por delante, le hacen un culazo que, de pronto, me trae a las manos el recuerdo de apretarlo hace apenas unos días.

No me puedo creer que me esté poniendo cachondo solo de recordarlo.

«Te odio», vuelvo a emitir mentalmente, desviando la mirada y siguiendo a mis compañeros hacia la salida. «Te odio, Nuria. A ti y a tu puñetero culazo».

Cuando llego a casa, Lorena prácticamente se abalanza sobre mí. Mi amiga lleva en paro diez días y todavía no estoy acostumbrado a que esté en el piso, así que me pega un susto que hace que los testículos casi se me metan para adentro. Es un decir, pero con lo rara que es Lorena a veces, te digo yo que me podría acabar pasando.

El paro le está sentando fatal; ya ha ordenado todas las cosas de casa con diversos métodos: por orden alfabético, por tamaño, por colores... A mí me la pela enormemente lo que haga con los trastos comunes mientras sepa decirme dónde cojones están después, pero la verdad es que se le está yendo la pinza más que de costumbre.

Lorena no es enérgica siempre, tiene dos modos: ultra o superpoco. Y cuando está en paro, al parecer, es toda ultra... todo el rato. Casi tengo más ganas yo que ella de que consiga trabajo para que vuelva a llevar una vida normal, pero desde luego que no pienso decírselo.

—Joder, ¡por fin! ¿No salías a las cinco?

—Lore, nena, ¿te has vuelto mi novia tóxica y no me había dado cuenta?

La esquivo para dejar mi chaqueta en el perchero de la entrada y la miro de reojo mientras avanzo por el largo pasillo. Me muero de sed.

—Soy tu compañera de piso tóxica, que es peor —se burla—. Que no, coño, que normalmente me la suda cuándo vuelves a casa, pero ¡es que tengo algo que enseñarte y me llevo partiendo el culo sola todo el puto día!

—Pues venga, desembucha. Pero déjame beber agua antes, joder, que estoy seco.

—Seco te vas a quedar después de ver esto —me asegura, y desaparece por el pasillo mientras yo apuro dos vasos de agua del grifo.

Cuando vuelve, me limpio la boca con el dorso de la mano y dejo el vaso en el fregadero, para después cruzarme de brazos al recostarme contra la encimera.

—A ver, loca. Cuéntame.

Se me hiela un poco la sangre al darme cuenta de que lo que trae entre las manos es la puñetera reseña de Nuria.

«Esto no me va a dejar en paz jamás», me lamento, con la expresión congelada.

—Resulta que lo estaba planchando un poco así con las manos para yo qué sé, guardarlo en alguna caja de los tesoros y recordártelo dentro de treinta años —me explica, dando pequeños tirones a las esquinas del papel para estirarlo, con cara de pirada—, cuando me he dado cuenta de que había un puto código QR en el dorso de la nota, tío.

—¿Un QR? ¿Me estás vacilando?

Esa información me hace despegarme de la encimera y avanzar hacia delante, extendiendo los brazos. Me tiende la nota y yo le doy la vuelta, dándome cuenta de que, efectivamente, tiene razón.

Hay un jodido código QR ahí plantado, con la leyenda «Para más información...».

«¿Más información? ¿Qué más información puede haber?». Un repentino pánico me invade por dentro, y alzo la vista para encontrarme con los ojos de Lorena.

—Ya has visto lo que es, ¿no?

—Por supuesto. Es un puto blog, tío. —Se lleva la mano al bolsillo de canguro de la sudadera, saca su móvil y lo desbloquea.

Allí, en la pantalla, me espera una página en tonos rojizos y naranjas, con una cabecera de llamas que anuncia: *De tío en tío... y me lo tiro porque me toca*. Un emoticono de pestañas largas guiña el ojo a la derecha, con una coleta morena.

—¿Qué cojones...?

No me veo capacitado para articular más palabras ni para terminar siquiera esa pregunta, solo le arrebató el teléfono de entre las manos.

—Es largo, ¿eh? Te aconsejo que te pongas unos cascos y te tumbes en la cama. Básicamente relata toda la cita y el polvo, y luego hace una... valoración. Lo mismo que en la nota, pero en un pedazo de testamento. Con todo lujo de detalles.

—¿Tú ya te lo has leído?

—Por supuesto, ¿por quién me tomas? Estoy en paro y esto es lo más divertido que ha pasado en mucho tiempo. Y cuando digo «todo lujo de detalles», Lucas, es... todo... lujo... —me guiña el ojo— de detalles.

—Joder...

Siento cómo desaparece toda la sangre de mi cara.

—Sí, sí. Y cuando lo leas, vas a flipar más.

Me da dos palmaditas en el brazo, como de ánimo, antes de desaparecer por el pasillo con un:

—¡Cuando lo hayas leído y asimilado, me avisas! Que esto hay que comentarlo.